

El primer capítulo, dedicado a la Economía Política del Desarrollo, es quizás excesivamente esquemático, al intentar explicar en sólo 25 páginas los fundamentos y ventajas del método marxista de análisis económico y social. Similarmente, el capítulo segundo, que presenta el desarrollo histórico de Chile desde 1838 y las características estructurales del país, fue sin duda escrito para el público norteamericano y puede resultar pobre para quienes conocen más sobre Chile y América Latina.

En contraste, los capítulos siguientes se benefician tanto de la abundante información como del sugestivo método comparativo, que estudia las tres variables centrales de la obra —clases sociales, sector externo y Estado— en experiencias tan diferentes y, a la vez, tan condicionadas mutuamente. Ello permite a la autora escapar de las tan conocidas simplificaciones que reducen la discusión del periodo de Allende a la opción democracia vs. socialismo, cuando el problema es analizado desde la derecha, o lucha de masas vs. lucha armada, cuando es visto desde la izquierda.

Este enfoque permite a la autora concluir destacando lo que, sin duda, fue el verdadero nudo del drama chileno: la extrema dificultad para construir una alianza multclasista, que tuviera la amplitud y a la vez la fuerza interna necesaria, para reemplazar el modelo económico y político vigente desde los treintas; el cual, si bien garantizó un largo periodo de desarrollo democrático, desde mediados de los cincuentas aparecía definitivamente agotado en su potencial económico y social. Las tres opciones vividas por Chile desde 1958 a 1973 fueron fundamentalmente diferentes y tuvieron efectos opuestos sobre las clases en pugna. Sin embargo, hubo en ellas un elemento común: no lograron concitar el respaldo político suficiente para ser viables. Aprender de ellas es una necesidad.

JAIME ESTÉVEZ
Centro de Estudios Económicos
y Sociales del Tercer Mundo

GEORGE PHILIP, *The Rise and Fall of the Peruvian Military Radicals 1968-1976*. University of London ILS Monographs n. 9, The Athlone Press, Londres, 1978.

Es conveniente introducir el comentario al trabajo de Philip con algunas consideraciones sobre el significado general del experimento militar peruano. América Latina ha sido, en los últimos veinte años, escenario de encontrados experimentos destinados a reprimir o neutralizar la participación de las masas en el ejercicio del poder. En todos, el signo de identidad ha sido, aun en los experimentos de corte populista, el impedir una alternativa revolucionaria de tipo socialista sugerida por el triunfo cubano de 1959. Ese temor a la revolución social dio paso a una redefinición de fuerzas políticas y de los papeles asignados a los distintos sectores de la socie-

dad, traduciéndose al final en opciones políticas concretas. Esas opciones han variado en forma y contenido según las condiciones internas en cada país y el grado de desarrollo de las fuerzas sociales y políticas contendientes.

Lo relevante de tal diversidad de situaciones políticas nacionales, ha sido el predominio de regímenes militares como conductores directos de las distintas opciones políticas (Chile, Argentina, Perú, Brasil, entre otros). Más importante aún ha sido el hecho histórico de que tal predominio militar no sólo ha tendido a un desgaste —expresado en los últimos años en la disposición de los militares a trasladar el poder a los civiles, aun cuando bajo ciertos esquemas de control (Perú, Brasil, Bolivia, Ecuador)— sino que ello es paralelo al incremento de la capacidad política y de organización de los sectores populares cuya vanguardia de izquierda ha sido duramente castigada por la represión. La política de apertura en Brasil, Perú, Bolivia y Ecuador, en un sentido (lucha política), y el avance victorioso del sandinismo en Nicaragua (lucha militar), en otros, se da en momentos de una muy especial y compleja dificultad de los Estados Unidos para revertir esos procesos no sólo a nivel político sino también a nivel operativo.

Esta coincidencia, acentuada por una profunda crisis económica internacional, ha deteriorado las condiciones favorables a una conducción militar del proceso político en América Latina. Mas no debe interpretarse como un ambiente totalmente favorable, al menos en este momento de apertura inicial, a un vuelco regional hacia los procesos típicamente revolucionarios. En buena parte, la manera en que se desarrolle el proceso revolucionario nicaragüense va a definir los límites en que habrá de moverse el proceso de democratización en otros países del área. Porque si bien la alternativa y la opción política de los militares está siendo descontinuada por la intensidad de los mismos procesos sociales que no han podido conciliar ni desactivar en su acción gubernamental, también es cierto que su presencia en el poder ha significado transformaciones que marcarán en algún modo la actuación de los cuadros civiles que le sustituyan, en términos de las orientaciones del proceso de desarrollo nacional y de los papeles que en él habrán de jugar algunos sectores de la sociedad. La creciente estatización de algunas áreas claves de la economía brasileña, y el reforzamiento de sectores industriales bajo control de importantes segmentos de la burguesía nacional; el intento peruano de consolidar una perspectiva de esa naturaleza, pese a los retrocesos habidos, deja también establecidos algunos lincamientos. Y es que el que se hayan tenido que hacer cambios para que no se produjera el "gran cambio" pretendido por las fuerzas sociales populares, más que destruir esa pretensión ha terminado, curiosamente, por incentivarla. La habilidad de los gobiernos civiles para comprender tales circunstancias, va a definir el grado de posibilidad de que los militares se replieguen realmente a sus cuarteles. En resumen, la consolidación del proyecto socialista cubano, el prometido traslado del poder a manos civiles por parte de algunos regímenes militares, y los acontecimientos en Nicaragua

tienen en sus manos, como fenómenos actuales preponderantes, el cauce futuro inmediato del proceso político latinoamericano.

En ese sentido, es más que importante estudiar a fondo cuáles han sido y pretenden ser los efectos no sólo políticos sino de todo tipo, del paso de los militares en el poder en un buen número de países latinoamericanos, con distintos niveles de desarrollo. En qué medida el ejercicio del poder por parte de los militares ha significado un reordenamiento de las fuerzas económicas dominantes (destrucción o fortalecimiento de la oligarquía; reforzamiento de sectores industriales en manos extranjeras o nacionales; o más aún, reforzamiento de sectores de esa naturaleza con más ligas con el capital europeo-japonés que puramente norteamericano, grados de adaptación y asimilación tecnológica) y el impacto que la represión, vía expulsión o aniquilamiento físico de la dirigencia de izquierda obrera y popular, ha producido en la clase obrera (parece ser que en algunos países ello ha llevado a una renovación interna de cuadros intensamente obreristas con una percepción bien clara de los procesos sociales).

En fin, la participación de los militares no ha sido un fenómeno de corta intensidad. Por el contrario, su actuación va a importar mucho en el futuro para la actuación de las distintas fuerzas latinoamericanas.

El experimento militar peruano de 1968 a la fecha, parece haber decidido su término institucional con la oferta formal de regresar el poder a los civiles en el próximo año de 1980. Significa un paso bien claro en la definición de una de las opciones políticas que ofrecen los militares a los países latinoamericanos.

En su trabajo Philip maneja con amplia claridad la trama interna del experimento peruano, destacando las pugnas y dificultades que han privado en la coalición de militares radicales y desarrollistas, resuelta al final en favor de éstos desde 1975. Es muy importante, en el contexto político, señalar que aun cuando el sector militar de corte radical haya sido desplazado del poder por los sectores militares más conservadores, el proceso de la participación de los militares en el poder significó el fortalecimiento, queriéndolo o no, de las fuerzas tradicionales no oligárquicas, y en contraparte incentivó si no la unidad al menos la retoma de la organización de las masas por parte de los grupos progresistas. Como ejemplo de ello, y Philip lo anota, está el acercamiento entre el aprismo y los militares, y por otra parte el caudal de votos de la izquierda que, aun cuando dispersos en diferentes agrupaciones, al sumarse constituyen una clara opción política que electoralmente no existía previo al ascenso militar. Para entenderlo hay que comprender todo el proceso peruano a partir de 1950.

A juicio de Philip fue una especial fase histórica de vacío de poder político, caracterizada por la incapacidad de los partidos tradicionales para conducir un proceso dinámico de desarrollo, manifestando un evidente crecimiento de los factores que participan en la expansión urbana industrial sin paralelas tensiones políticas, lo que motivó el golpe militar de octubre de 1968. Contrario a lo teorizado, dice Philip, los rápidos cambios socio-

económicos operados en Perú entre 1948-1968 no produjeron graves tensiones políticas y, en todo caso, cuando se dieron fueron evadidas a través de frágiles alianzas entre las fuerzas tradicionales y mudables del aprismo, la oligarquía decadente y las fuerzas populistas más bien fragmentadas y de débil base política. Esta fragilidad del acuerdo político terminó por favorecer una polarización política en la sociedad peruana, concretada al darse la alianza de 1967-68 entre el grupo de Acción Popular de Belaúnde que estaba en el poder desde 1963, con el aprismo ubicado en la oposición pero con fuerza de veto desde su mayoría congresional.

El efecto inmediato del acercamiento de esas fuerzas fue la salida de los sectores de izquierda del bloque populista y su reorganización fuera de las corrientes tradicionales. Esto a su vez reforzó la tendencia de los viejos actores políticos a buscar nuevos socios y de esta manera, disminuir las intransigencias que les pudiera significar, mediante la confrontación, su eliminación del escenario político: el aprismo se acerca a acción Popular de Belaúnde. Juntos, ya con la izquierda fuera, controlaban la mayoría en la maquinaria política organizada. Enfrente, la izquierda dividida sin alternativa electoral alguna, fácil blanco de la represión a todos los niveles.

Sin embargo, la coalición APRA/AP no podía responder a la crisis económica prevaleciente en 1967 sin afectar las condiciones de vida de amplios sectores populares. Con la devaluación monetaria de septiembre de 1967 se hacía necesaria una serie de medidas de estabilización, que al final fueron tomadas y severamente resentidas por los distintos sectores populares. La disputa con la International Petroleum Company (IPC), terminaba por redondear un escenario en el cual los partidos políticos tradicionales dejaban de constituir una alternativa adecuada para salir políticamente de la crisis. Como vimos, la izquierda tampoco ofrecía una alternativa política capaz de confrontar organizadamente a los partidos en el poder. A mediados de 1968 la izquierda populista y la social progresista presionaron juntos por una tercera opción: la intervención de los militares.

La solución antinacional y escandalosa que diera Belaúnde al conflicto con la IPC, concretada en el Acta de Talara, ofreció un buen pretexto para que tal intervención fuera algo posible a corto plazo ya que afectaba el sentimiento nacionalista que se había desarrollado en las fuerzas armadas peruanas en los últimos años. Se juntaban así dos elementos básicos para el surgimiento de una opción política diferente: primero, la inexistencia de una estrategia nacional de desarrollo en la acción de los partidos tradicionales en el poder y por lo tanto la incapacidad para afrontar con éxito la crisis económica; y segundo, la oportunidad de usar la bandera del nacionalismo a la luz del "antipatriótico" acuerdo con la IPC. Pero no sólo estas circunstancias favorecían la intervención militar y Philip anota que el nacionalismo surgido entre los militares se vio favorecido por una serie de incidentes entre los militares peruanos y el gobierno norteamericano: el apoyo de ese gobierno al APRA en las elecciones de 1962 y el subsecuente rechazo norteamericano al gobierno militar golpista de ese año; la inter-

vinción directa norteamericana en la lucha antisurgente de 1965 por encima del ejército peruano y luego la negativa a la venta de aviones supersónicos por la fuerza aérea peruana.

Todo esto se convirtió en alimento de una acción militar basada en sentimientos nacionalistas, brindándole a los militares una oportunidad táctica prometedora. El golpe se dio el 3 de octubre de 1968.

La composición del grupo golpista resultó heterogénea tanto en los aspectos ideológicos como en los intereses puramente castrenses. Todo el análisis de Philip referido a las personalidades del gobierno y a su participación en las gestiones gubernamentales, revela que el dominio de la posición radical no fue nunca muy seguro, y deja entrever que las relaciones internas de poder del gobierno militar presidido por Velasco Alvarado fueron permanentemente de compromiso. Aun cuando el grupo nacionalista radical se consolidó a partir de mediados de 1969 con la eliminación de varios conservadores ubicados en la alta dirigencia —principalmente Benavides—, las diferencias internas siguieron afectando la unidad del régimen. La diferencia básica se daba en el grado de profundidad que debían tener las reformas sociales, políticas y económicas. Los nacionalistas radicales, con los que se identificaba Velasco, insistían en una transformación completa de la sociedad peruana. El grupo desarrollista favorecía ideas reformistas cuidando que sus efectos no desestabilizaran las bases del poder. Unidos bajo la bandera antioligárquica y del nacionalismo, discrepaban profundamente en las ideas de cómo lograr el desarrollo nacional. Los desarrollistas se inclinaban a ubicarse entre las ideas de CEPAL y las tesis de un capitalismo de Estado similar al propuesto por la "izquierda positiva" brasileña previa al golpe de 1964. En contraste, los radicales identificados con la escuela de la dependencia, tendían a la instalación de una línea socialista basada en una movilización popular —sin interferencia de liderazgo civil y con amplio soporte militar—, y nacionalizaciones extensivas.

El esfuerzo de unidad tendencial favorecida por la habilidad de Velasco para mediar, terminaba siempre por favorecer una línea de ambigüedad en la que aparecían esfuerzos concretos de movilización de masas para obtener apoyo político, pero una vez desatadas, como consecuencia, las demandas populares, éstas se volvían peligrosas para una línea de compromiso y terminaban por ser reprimidas. La incapacidad del gobierno militar para trasladar o compartir la responsabilidad y el control de la movilización de masas con líderes civiles de izquierda militante, fue en el fondo la causa del fracaso de tales experimentos (Comités de Defensa de la Revolución, SINAMOS, COMUNIDADES).

En una pugna constante, disminuida por éxitos parciales: reforma agraria, reforma industrial, nacionalización de la banca, tasas de crecimiento no menor al 5% anual, financiamiento e inversiones extranjeras más o menos estables, las tendencias fueron desgastándose, creando lugar para el resurgimiento de la derecha tanto militar como civil, a partir de 1973.

El margen para una política distributiva tanto de ingresos como de

poder era muy escaso y ello limitaba las posibilidades de los radicales. La fragilidad en algunos puntos de la unión tendencial vino a revelarse con claridad a raíz de la enfermedad de Velasco, dando paso a ambiciones personales por la sucesión del poder. Conflictos de política laboral, nacionalización de la prensa, y la imposibilidad de hacer una clara selección entre la inversión privada y la propiedad social, llevaron a la coalición radical desarrollista a un punto de tensión casi irreversible, como pudo confirmarse en los años siguientes a la toma del poder por parte de Morales Bermudes.

En efecto, las pugnas de personalidades y su impacto en las relaciones internas del poder, campo en el que Philip se maneja con claridad, al fin de cuentas revela que el fracaso del experimento militar peruano se debió a su imposibilidad de sustituir, totalmente, las bases tradicionales del poder político en la sociedad peruana, que era su objetivo propuesto. El resurgimiento del conservadurismo como expresión de los intereses de clases dominantes, es la manifestación más dramática de la inviabilidad histórica de modelos políticos fincados en compromisos y coaliciones, en los que las masas son siempre el objeto de control y no el sujeto mismo de su liberación.

RENÉ HERRERA ZÚÑICA